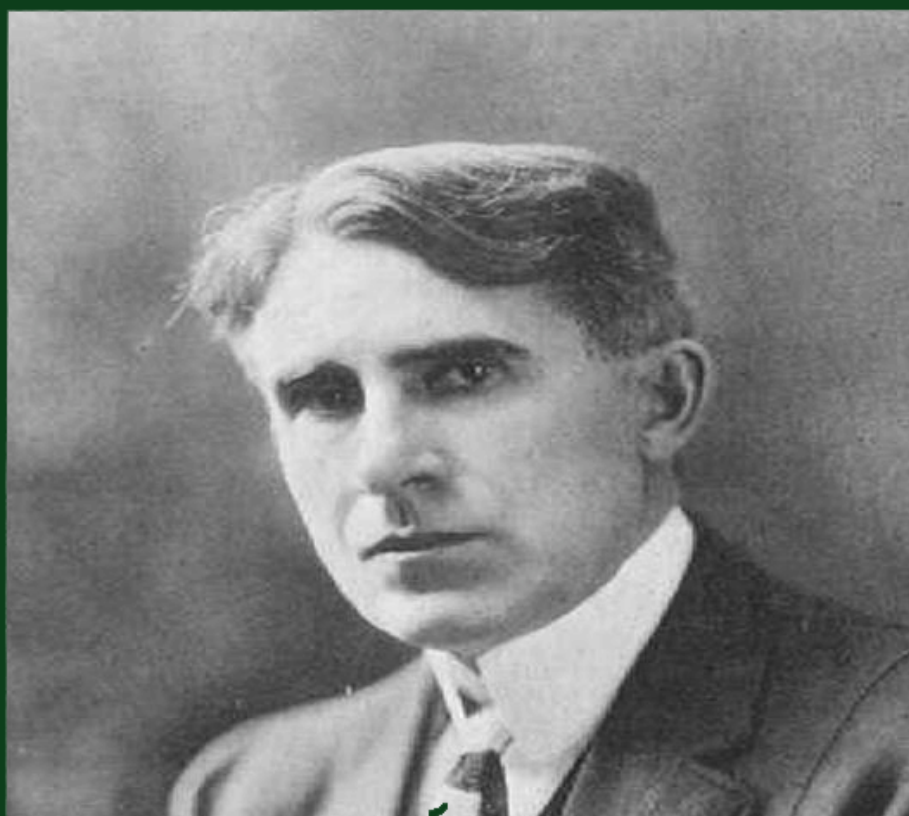


GUARIDA DE LADRONES
ZANE GREY



GUARIDA DE LADRONES
ZANE GREY

Digitalizado por **LIBRO**dot.com
<http://www.librodot.com>

I

En una tarde de primavera, en el año 1877, un solitario jinete avanzaba por las desiertas laderas que conducen al vado del Río Verde.

Era un joven respecto a los años, pero su rostro tenía la dureza y sus ojos la mirada de águila que la experiencia suele dar a la edad madura en aquellas salvajes tierras. Montaba un soberbio caballo bayo, cubierto de polvo, rendido por lo prolongado de la jornada y un tanto cojo. El jinete debía de tener considerable peso, a juzgar por su alta estatura y el amplio desarrollo de sus hombros, a lo que se ha de añadir la silla, y el rifle y un voluminoso petate. De vez en cuando el joven miraba por encima del hombro a la grandiosa pared de granito parecida a un colosal estante de libros con las hojas a medio abrir. Era la mirada firme y vigilante del hombre que deja atrás muchos acontecimientos. Llegó por fin a una carretera; pronto descubrieron sus ojos la linde de un bosque de algodoneros, y el reflejo de las cenagosas aguas del río, que habían logrado abrirse paso a través de la gigantesca muralla de piedra. En los confines de la orilla opuesta, un poco elevada sobre el nivel del agua, se veía una mancha verde que rodeaba un montón de casas perdido en las vastas proporciones de aquel desierto paraje. Era la ciudad de Río Verde, en el Estado de Utah.

El jinete necesitaba llegar a ella antes del anochecer, Su repuesto de víveres va hacía dos días que estaba agotado, pero a menos de que encontrara una barca, no podría realizar su deseo, por no estar su caballo en condiciones de aventurarlo en las revueltas aguas de aquel río cargado de movediza arena.

Siguió bajando la carretera hasta llegar adonde principiaba la vegetación. Los cascos de su caballo levantaban nubes de polvo, y en la espesa capa de éste, que cubría el suelo, sus penetrantes ojos descubrieron recientes huellas. Al entrar en el bosque de algodoneros, observó que el fresco verdor de sus hojas estaba también cubierto de polvo. Indudablemente, no había llovido desde mucho tiempo atrás en la comarca. A medida que avanzaba, el olor de agua fresca fue sobreponiéndose al del polvo. De súbito, el jinete descubrió un caballo ensillado que a cierta distancia pacía tranquilamente la hierba nacida en la tierra del bosque, y un poco más lejos divisó un hombre junto a la orilla del río, antes de que el desconocido lo viera a él. Casi simultáneamente salió a un claro, desde el cual distinguió un paradero de transbordador. Un rudo cable, sujeto a un árbol, se alargaba por encima de su cabeza a través del río, combándose en el centro. Anclada en la ribera opuesta, estaba la embarcación.

El jinete se apoyó sobre su caballo, consciente de que el hombre que había visto dio algunos pasos tras de la maleza, pero ese movimiento pudo ser casual, pues no tardó en salir del escondite, diciendo lacónicamente:

- ¡Buenas tardes!

- Buenas tardes! - contestó el jinete dándose inmediata cuenta de que era examinado por una mirada no menos penetrante que la suya. En aquel sitio y época, la observación no era producto de ofensiva curiosidad. El joven tenía delante un hombre de prestigiosa figura, cubierto de polvo, con botas y espuelas, y armado hasta los dientes. Las amplias alas del sombrero daban sombra a un rostro enjuto y duro, del que apenas dejaban ver más que las guías de un bigote ceniciento, y el brillo de unos ojos profundos y muy claros.

-¿Se quiere cruzar el río? - preguntó.

-Sí. Allí veo el transbordador - contestó el jinete, y sin perder de vista al desconocido, echó pie a tierra y enderezando su elevada estatura, añadió:- Me daría por contento con estar en la otra orilla, porque mi caballo no puede más.

-Ya lo veo. ¡Buena pieza!... Yo también quiero cruzar y ya hace una hora que estoy esperando... Supongo que ya no tardará en acercarse.

-¿Es aquello da ciudad de Río Verde? -justamente... ¿Es usted forastero?

-Sí. ¿De dónde viene?

-Supongamos que de Wyoming - repuso el joven con indiferencia.

El desconocido, echándose a reír, observó:

-Dice usted bien; ¿qué más da un sitio u otro? Lo mismo que los nombres: el mío es Hank Hays.

Lo pronunció como quien espera causar sensación en su interlocutor, pero éste, sin reaccionar lo más mínimo, preguntó tras de una pausa:

-¿Conoce usted el país?

-Bastante.

-¿Podría decirme si me conviene detenerme o seguir de largo? - inquirió fríamente el dueño del bayo.

-¡Hombre! ... Sí que puedo; pero eso depende... - contestó el interrogado echándose el sombrero atrás. La acción dejó descubierto un rostro de expresión audaz, que para el jinete era como una página escrita, cuya única dificultad estaba sólo en sus estrechos, grises y escrutadores ojos.

-¿Depende de qué? - preguntó el otro.

-De usted... ¿Lleva dinero?

-Unos diez dólares.

-¡Bah! Con eso no puede usted emprender negocio en los ranchos... El ganado abunda entre este río y las rompientes del Diablo Sucio... También en las montañas de Henry... Hay muchos equipos por allá.

¿Mormones?

-Mitad por mitad... Estamos en Utah y por aquí no son tan numerosos... ¿Es usted vaquero?

-¡No! - contestó con cierta tristeza el joven.

-¡Bueno! ... Como forastero no deja usted de ser franco - repuso Hays, que evidentemente vio en la rotunda negativa algo muy significativo -. ¡Hola! ... ¡Otro jinete! ... Pues ¡no está poco concurrido este desierto!

Por el extremo visible de la carretera apareció un hombre bajo y gordo, montado sobre un caballo y llevando de reata otros dos de carga.

-Le dejé atrás no hace mucho...; ya tenemos aquí al hombre del transbordador... Parece un buen muchacho.

-¡Buena vista, amigo! ... Por fin podremos cruzar... Nuestro joven dirigió una ojeada al hombre de los caballos, volviendo después la vista a la embarcación.

El rapaz la había empujado hacia fuera y la conducía a la corriente con el remo. Pronto la vieron acercarse deslizándose, sobre la polea.

El transbordador y el tercer pasajero casi llegaron juntos a la orilla. Hays, que parecía interesarse por el recién llegado, le saludó cortésmente, pero sólo obtuvo una seca respuesta.

Mientras tanto el joven forastero había conducido su hermoso bayo a través de la arenosa orilla, haciéndole entrar en la enorme y plana embarcación. Era ésta de construcción muy primitiva, con tablas sin pulir, pero al parecer bastante sólida para ofrecer seguridad, lo que no impedía que el bayo diera señales de inquietud.

Hays, después de una rápida ojeada al hombre de los caballos, condujo el suyo a bordo.

Una sonrisa iluminó el pecoso rostro del barquerillo al reconocer a Hank.

-¿Cuánto cuesta el pasaje? - preguntó el recién llegado. Era hombre de unos cincuenta años, de barba corrida, y modales bruscos y autoritarios.

-Veinticinco centavos - contestó el chico.

-¿Por cabeza?

-Sí, señor... Ese es el precio corriente por cabeza, sea de hombre o de bestia; pero las personas decentes suelen darme algo más.

Dicho esto, el hombre de la barba quitó la carga de sus caballos, depositándola sobre la embarcación.

-¿Qué mil diablos va a hacer esta activa bola humana? - preguntábase Hays mirando la maniobra con interés.

Pronto se puso de manifiesto. El hombre gordo ató el ronzal del primer caballo de carga

a la cola del de silla. y el segundo animal de carga fue igualmente sujetado al primero. Después, bridas en mano, trasladóse a la embarcación, diciendo:

-Por mí, ya puedes remar, muchacho.

-¡Cómo! ¿No han de subir también sus caballos?

-Mis caballos seguirán la balsa a nado. Vamos, no pierdas tiempo y despega de la orilla.

El mozuelo ahoyó la pértiga en tierra para dar impulso a la pesada embarcación y soltándola luego para coger el enorme remo, la condujo hacia la corriente; tomó ésta y, atravesándola, orientó la embarcación hacia el repente de marea de la otra orilla.

El dueño del bayo hubo de sujetar su caballo, para impedir que saltara antes de llegar a tierra.

-No te gusta esta manera de viajar, ¿verdad, bayo? - le preguntó su amo al sacarle de la embarcación.

Hays también condujo su caballo a tierra, observando sin cesar las idas y venidas del gordo pasajero, quien, tras de ayudar a sus cabalgaduras a salir del agua, cogió una de las cargas, diciendo:

-Tráeme la otra, muchacho.

-¡Guárdate de hacerlo, Juanillo! - mandó Hays.

-No pienso mover ni un dedo - contestó el amostazado chicuelo.

-¿Muchos pasajeros en esta temporada?

-No sé. Estos son los primeros desde hace tres días. En dos semanas no hemos podido echar la balsa al agua, por lo alto que venía el río. Padre dice que este verano se le hincharon las narices a Río Verde.

Soplando como una locomotora, el panzudo pasajero transportó la segunda carga.

-No eres muy... atento, que digamos - gruñó al echar mano al bolsillo para sacar el mísero precio del pasaje.

El muchacho de la balsa había echado también pie a tierra, y Hays se mantenía a su lado.

El avaro, sin dejar de gruñir y evidentemente molesto por tener que sacar una repleta cartera, extrajo de ella un billete de un dólar, y dijo:

-Toma, y dame los setenta y cinco centavos del cambio.

Así lo hizo Juanillo, no sin advertir:

-Otra vez que vuelva usted por aquí, no trate de hacerme la misma broma.

El jinete, un poco apartado, seguía con curiosidad la escena, cuando de súbito ésta cambió de carácter. Hays, que había sacado una pistola, ordenó:

- ¡Manos arriba!

El hombre gordo le miró aterrado.

-¡Alza esas manos! - bramó la ronca voz de Hank -. No tengo costumbre de repetir las órdenes - y apoyó el cañón del arma en el prominente abdomen del pasajero, que, desconcertado y lívido, levantó las manos agitadas por visible temblor.

-¿Qué... es... esto?... ¡La... dro... nes! - balbuceó.

Hays metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacando la cartera. Retrocedió entonces y, sin variar la puntería, ordenó:

-Ahora puedes irte al infierno - y aparentemente no se ocupó más de su víctima, aunque, a juicio del forastero, no la perdía de vista.

-No iba mal provisto el pajarraco - observó el ladrón mirando la cartera con complacencia.

-Si hay... justicia... en el mundo..., me las... pagarás - rezongaba el despojado viajero entre resoplidos, mientras que aceleraba en lo posible la carga de los caballos.

-¡Bah! Justicia... No serás tú quien recurra a ella... En estas tierras, la única justicia es la que yo tengo en la mano..., y no me refiero a tu cartera.

Hays se metió la cartera en el bolsillo interior del chaleco, y con la misma mano (la otra

seguía apuntando al viajero) sacó de otro bolsillo un billete y dijo:

-Toma, Juanillo, yo pago por todos.

-Pero... yo no puedo cobrar tanto, señor - exclamó el muchacho, sobresaltado.

-Claro está que puedes... Ya habrás observado que ese dinero es mío y no de aquél - replicó el ladrón metiendo el billete en la mano del vacilante mocito. Volvióse después hacia el atribulado viajero, y dijo:

-Oye, mormón, cuando llegues a tu pueblo, no te olvides de decir que llevas afectuosos recuerdos de Hank Hays.

-Ya oirás hablar de mí, sinvergüenza - fue la iracunda respuesta del otro, que ya había reanudado la marcha.

Hays guardóse la pistola y, dirigiéndose al que había contemplado en silencio el incidente, preguntó:

-¿Qué le parece a usted lo sucedido?

-Muy bien - contestó el forastero -. Merecía ese pillo una dura lección por su avaricia. ¡Vaya un modo de escamotear los centavos al pobre chico!

-¿Verdad que sí? Eso es lo que en parte me animó... Sin embargo, si no hubiera sacado la cartera... puede que habría sido más circunspecto.

-¿Hay sheriff f en Río Verde?

-Si lo hay, no lo he visto nunca... Bueno... seguiré mi camino... ¿Viene usted, forastero?

-No tengo inconveniente, pero, si no le molesta, seguiré a pie.

-La distancia es muy corta... Yo sé de una buena posada donde por poco dinero se come bien y se bebe mejor.

-Me conviene por varias razones.

-¿Cómo ha dicho usted que se llama?

-No he dicho nada.

-Dispense..., no es que sea curioso, pero siempre es más agradable saber el nombre de la persona con quien se habla.

-Llámeme usted Wall, Jim Wall - repuso con presteza el joven.

-¿Wall?... Corriente... Eso me basta..., y ahora apresuremos el paso...

Empezaron a subir la arenosa ladera que entre los bosques de algodonereros conducía a la ciudad, seguidos por las miradas del joven del transbordador.

La despreocupación de Hays informó a Wall respecto a las costumbres de Río Verde. Por fin llegaron a un ancho espacio, más bien plaza que calle, en uno de cuyos lados se veía una hilera de casas anchas y bajas; algunas de ellas procuraban aparentar mayor elevación, por medio de anchos frontispicios de madera colocados sobre su único piso. En cuanto alcanzaba la vista no se distinguía ningún vehículo, ni más gente que algunos hombres apoyados en el quicio de las puertas. Arriba y abajo de la pequeña ciudad divisábase, a cierta distancia, la ciclópea muralla de granito, enrojecida por los rayos del sol poniente, excepto la parte superior, cubierta por espesa capa de nieve.

-¿Hay salón de baile en esta plaza? - preguntó Wall.

-No hay nada que se le parezca. Es usted aficionado a la danza, ¿eh?

-No es eso, al contrario; los dos últimos en que fui a caer me han curado del deseo de visitar los restantes.

-¿Cuestión de faldas?

-No fue culpa mía.

-¡Ja!..., ¡ja!..., ¡ya lo creo! ... Tiene usted cuanto se necesita para atraer las miradas de las mujeres. Pero aquí, no tendrá suerte. En Río Verde no hay más que vejesterios, y las que aún están de buen ver, son casadas e insociables.

-A mí poco me importa, pero usted parece que lo siente.

-Wall, das mujeres -han sido mi desgracia - exclamó sentenciosamente Hays.

-Pues no parece que sea usted desgraciado.

-Nunca somos lo que parecemos.

-En eso estamos conformes, Hays. Yo juzgo a la gente por su apariencia, y no suelo equivocarme.

-¿Cómo me juzga usted a mí? - preguntó el ladrón con cierta inquietud, disimulada por la jovialidad.

-Si lo digo, lo tomará usted por adulación.

-¡Hum! ... ¿Está usted seguro? - y Hank detuvo el caballo frente a un edificio de ladrillo.

¿Qué habrá sido del individuo a quien aligeró usted el bolsillo? - preguntó Jim, que no podía borrar de la memoria la pasada escena.

-Supongo que habrá seguido su camino a Moam, donde los mormones tienen un rancho y una fundación. Pero no pasemos de aquí; quiero jugar unas cuantas partidas.

-¡Qué ciudad tan tranquila! - murmuró Jim como hablando consigo mismo.

Un hombre con bigote rojo aparecía en el portal que daba acceso al salón de la posada. De ello daba fe un rótulo con descoloridas letras.

-¡Hola, Rojo!

-¡Hola, Hays!

-¿Has sabido algo de un sujeto con facha de trompo y cara de pastel? Monta un buen caballo alazán y lleva otros dos con carga.

¿Ah?... ¿Ése?... Ya lo creo... Ha pasado por aquí diciendo a gritos que le habían robado - contestó alegremente el llamado Rojo.

-¿Eso decía? ¿Quién es?

-¡Yo qué sé! Un mormón probablemente... Al menos así lo ha dicho Happy. Aquí estaba, cuando llegó ese majadero aullando que quería ver al sheriff porque le habían atracado, y aprovechando un instante en que se detuvo para coger aliento, va y salta Happy diciendo : «Veamos si te han dejado algo que valga la pena.» Apenas oyó esto, se fue como alma que lleva el diablo.

El expresivo relato del Rojo enteró a Jim de muchas cosas.

-Voy a cuidar mi caballo - limitóse a decir el joven.

-Llévelo a la cuadra, que está al otro lado del patio. Si no está Jake, allí encontrará agua, pienso, y hasta lugar para acondicionarse usted mismo.

La pesadez con que desmontó Hays,, indicaba lo mucho que había trotado aquel día.

-Estoy muerto de cansancio; manda a ese gandul de Jake para que se ocupe de mi caballo - dijo el Rojo. El edificio -era el último de la naciente población, y, a poca distancia de sus paredes, ya empezaban las laderas cubiertas de algodonereros. La mencionada cuadra era una construcción de madera defendida por una empalizada de estacas. Al abrir Jim la puerta del corral, encontróse con un mozo de aspecto desgarbado, cuya facción saliente era una dentadura excesivamente grande para su boca.

-¿Eres tú el llamado Jake? - preguntó el forastero. -El mismo... ¿He de cuidar ese caballo?

-De eso ya me ocuparé yo. Pero ahí fuera hay un jinete que quiere confiarte el suyo... Dice que se llama Hank Hays, ¿le conoces?

La respuesta del mozo fue echar a correr moviendo los talones con la máxima ligereza.

-Bueno - murmuré para sí Wall buscando cuanto necesitaba -. No se puede negar que el señor Hays es un personaje respetado en Río Verde, al menos en lo que concierne a su pandilla.

Muy activa estaba la mente de Jim en tanto que atendía a las necesidades de su bayo. Ya hacía tiempo que se había familiarizado con la vida nómada que le llevaba a campamentos y pueblos desconocidos. Y el juzgar a los hombres a primera vista, hablase convertido para él en un hábito, al que contribuía el instinto de propia conservación. Sin embargo, Utah era un país más solitario y salvaje que todos cuantos llevaba recorridos. Le gustaban sus grandiosas y desiertas llanuras, y las abruptas y rocosas paredes, cuya crestería quedaba envuelta por los tupidos velos de las nubes.

-Bayo, hijo mío, ya hace tiempo que no disfrutabas del regalo de una cuadra - dijo Jim a su caballo -. Come y descansa cuanto puedas, que la buena vida dura poco.

Cuando Wall salió de la barraca, todo el Oeste era una deslumbradora hoguera con tornasoles rojo y oro. El forastero habría querido estar en la punta de los peñascos que asomaban por detrás de la pequeña ciudad, para admirar más de cerca aquellas montañas Henry, que había estado viendo todo el día. Por el Este y del lado allá del río, podía distinguir las arenosas laderas que subían hasta el pie de la pétreo muralla, que empezaba a sumirse en las sombras.

Jim tenía por costumbre no volver una esquina sin asegurarse de lo que había al otro lado de ella. Esto hizo que antes de que Hays, y otros dos sujetos que le acompañaban, se enteraran de su presencia, ya los había él visto. Al ruido de sus pasos, volvieron los tres la cabeza.

-¡Hola!... ¿Ya estamos aquí? - exclamó Hays -. Estaba hablando de usted... Éstos son Jack Happy y Lincoln Brad... Amigos, el forastero responde por el nombre de Jim Wall.

Se cambiaron saludos, pero ninguno de los tres alargó la mano. Las miradas eran infinitamente más elocuentes que las pocas palabras de ruda cortesía. Para Wall, el hombre que se apellidaba Happy merecía su nombre. Lo único contradictorio en su persona eran las pistolas, que no podían pasar inadvertidas. Este detalle, sin embargo, nada significaba para Jim. El otro, llamado Lincoln, merecía ser mirado con más detenimiento. Era de color cetrino y ojos inquietos. Lo mismo que sus compañeros, nada en su indumentaria recordaba al cowboy.

-Vamos a remojar la garganta - propuso Hays.

-Yo no tengo sed - contestó Wall-, pero hace dos días que no he comido.

-Ya está el Rojo haciendo la cena - repuso Hays empujando la puerta.

El interior del salón, bien alumbrado con lámparas de petróleo, era mucho más vistoso que el exterior. Tenía un suelo de piedra muy liso, un mostrador cubierto de vasos y botellas, y las paredes profusamente adornadas con espejos y estampas de mujeres desnudas. Varios hombres de rudo aspecto estaban bebiendo, mas todas las conversaciones se interrumpieron al acercarse Hays y su acompañamiento. Al extremo de la vasta estancia, tres cowboys estaban sentados ante la chimenea, en la que ardía un buen fuego de leña. Las demás mesas estaban vacías, menos una, en la que dormía un parroquiano echado de bruces. Por una puerta entreabierta penetraba un apetitoso olor a jamón frito.

Los recién llegados se agruparon junto al mostrador para ser servidos por el Rojo, que a más de ser el dueño del local, actuaba de camarero. Hays se tomó la copa de whisky de un solo trago; Happy la levantó antes, diciendo: «¡A vuestra salud! e, y Lincoln saboreó la suya en silencio. El whisky no era una de las debilidades de Wall; no era hombre que se permitiera ninguna debilidad, pero aceptaba una copa cuando así lo exigían las circunstancias, y las actuales no dejaban de ser apremiantes.

-¿Vaquero? - preguntó Lincoln, que estaba junto a Jim.

-Sí; pero hace algún tiempo que no me dedico a ese trabajo.

-Tiene usted todo el porte... ¿De dónde es usted?

-De Wyoming

-Muy lejos... No conozco esa tierra... Y, ¿adónde va?

-No tengo sitio determinado - contestó Wall con reserva -. Tal vez me quedaría aquí si encontrara colocación en un equipo...

-¿De tramposos? - interrumpió Lincoln.

Dejó Wall el vaso y, volviéndose a su interlocutor, preguntó con frialdad:

-¿Se propone usted insultarme?

-No por cierto... Además, yo no soy curioso... Hablaba por hablar.

Está bien; pero, ¿se puede saber lo que usted entiende por tramposo?

-La cosa no tiene duda..., un hombre que vive de engañar a los demás.

-Yo no soy de éstos - contestó desdeñosamente Jim. -Ya me lo había figurado, amigo;

pues tiene usted la facha, la mirada y los movimientos de mano de ser un buen tirador... Soy conocedor en la materia.

-¿De veras?... Siendo así, espero que esa condición no me perjudicará en Utah.

Hays, que había oído la última parte del diálogo, intervino en él diciendo:

-Eso no perjudica a nadie en todo el Oeste, y es la mejor recomendación para entrar en mi cuadrilla.

-¡Su cuadrilla! -repitió Wall, cual si quisiera corroborar la franca declaración del ladrón.

-Seguramente... No haga caso de Brad; es un chaval brusco y malhumorado..., ya nos veremos luego, compañeros.

Wall siguió a Hays a un cuarto reservado, donde una apechugada hembra les saludó efusivamente, invitándoles a sentarse a la mesa.

-Es la mujer del Rojo - observó Hays -, y guisa como un ángel. Sírvase usted, Wall.

No cambiaron más palabras durante la cena.

A la conclusión, Jim no pudo substraerse a la sensación de bienestar que emana de un estómago repleto.

-¿Quiere un cigarro? - ofreció Hank -. Aquí son muy apreciados, porque andan escasos.

-Gracias, pero no soy fumador.

-Bueno... Pasemos al salón... Quisiera que habláramos claro, antes de reunirnos con los otros compañeros - propuso Hays.

Volvieron al amplio aposento. Estaba desierto, tan sólo el Rojo encendía una lámpara en un rincón.

-Todos han salido al encuentro de la diligencia.

-¡Diligencia!... ¿De dónde?

-Del Oeste, naturalmente - contestó Hays riendo -. La del Este no llegará hasta... Bueno..., ¿qué día tenemos hoy?

-Sábado.

-Eso es..., hasta el próximo miércoles. Para entonces ya no estará usted aquí.

-¿No?... Pues ¿dónde estaré, ya que parece usted tan bien enterado?

-Puede que en el Paraíso, revoloteando con los angelitos... - y cambiando de tono prosiguió el ladrón -: Mire usted, Wall, me parece usted un muchacho un poco extraño, pero eso no quita para que pueda ser un buen compañero.

-En efecto..., nada se opone a ello - contestó pensativo Jim.

-Corriente..., y gracias a mi mucha experiencia, creo comprenderlo mejor que otros - prosiguió resueltamente Hays, que escarbó con la bota en el amortiguado fuego para encender en él su cigarro, del que extrajo espesas nubes de humo-. ¡Ah!, me recuerda usted a uno que conocí en Virginia hace ya muchos años... ¿Qué ha sido usted en un principio, Wall?

Éste, con amarga sonrisa, contestó:

En un tiempo fui maestro de escuela en mi pueblo..., antes de cumplir veinte años.

-¡Lléveme el diablo! ... ¿Está usted hablando en serio? - preguntó Hays con tono de incredulidad. -Y tan en serio... Convengo en que parece broma... Quizás antes de la cena yo mismo no lo hubiera recordado. -Ni el mismo demonio sabe lo que puede ser un hombre en distintas épocas de su vida. Pero lo que a mí me interesa es la presente, y quisiera hacerle algunas preguntas.

Desembuche usted.

No habrá usted tomado a mal el que yo le limpiara los bolsillos al tunante del transbordador, ¿eh?

-No... Estoy convencido de que era un perfecto canalla.

-¿Habría usted hecho lo mismo?

-Es posible.

-Muy bien... Yo "yo hice sin provocación. ¿Tiene esto alguna importancia para usted?

-Ninguna..., puesto que nada tengo que ver con ese asunto.

-Wall, figúrese por un momento que fuera cosa suya. -Mire Hays, déjese de andar por las ramas y vamos al grano - dijo resueltamente Jim.

-Sí; estoy conforme - asintió Hays, pensativo, quitando lentamente la ceniza al cigarro, mientras que fijaba la vista en las brasas de la chimenea.

Wall comprendió que aquél era el primer momento en que su interlocutor se disponía a expresarse con entera sinceridad, manifestando sus propósitos, aunque tal vez no en todo su alcance.

-¿Decía usted que estaba sin blanca? - empezó de nuevo Hays.

-Lo estaré en cuanto pague la cuenta del hospedaje.

-Eso es cosa mía. Le prestaré algún dinero. Algo ha de tener en el bolsillo, si ha de jugar con nosotros.

¿Qué condiciones pone usted al préstamo? -Ninguna... Yo tomo y doy los dólares con facilidad. -Entonces, muchas gracias... Aceptaré cincuenta...

Me bastarán hasta que encuentre colocación.

-Pero si lo más gracioso es que yo quiero colocarle a usted.

II

A cerque la oreja y escuche - prosiguió Hank -. La lección que di a aquel avaro estuvo bien merecida, pero fue una imprudencia, atendiendo a que ahora tengo toda la carne puesta en el asador. Si no se tratara de un mormón, estaría yo tranquilo. Preste atención a lo que digo : Hace poco que estoy a sueldo de un rancho de las montañas Henry. Es un aristócrata inglés, con más dinero que juicio, y más loco que una cabra. Enamorado del paisaje, ha comprado diez mil cabezas de ganado y una porción de caballos. En su casa ha reunido varios equipos de cowboys, entre los que hay algunas cuadrillas de bandidos. El inglés, cuyo nombre es Herrick, se propone contratar a todos los hombres de pelo en pecho, sean vaqueros, tiradores o bandidos, para tener a raya a toda la comarca con tan selecto personal. ¿Qué le parece la idea?

-Muy nueva por lo menos, pero poco práctica, a menos de que tenga medios para reformar a los malvados - contestó Jim con interés.

-Justamente, pero a mí me importa poco el que sea práctica o no. El inglés se ha aficionado a mi persona, y me ha nombrado su administrador, enviándome a reclutar a todos los mozos crúos que encuentre, y como usted tiene todas las trazas de serlo, el haberle encontrado creo que será una suerte para los dos.

-Me toma usted por un aventurero que sabe manejar un caballo y hacer blanco a cada tiro, ¿eh?

-Seguramente... En cuanto le echo la vista encima a uno..., pero conste que no pregunto nada...

-Siga usted.

-Bueno, pues lo necesito a usted en mi cuadrilla - resumió Hays -. Brad no partirá peras con usted, lo he visto a la primera ojeada: es un hombre suspicaz, cazurro y envidioso, como lo son muchos. Pero no será él quien impida el que entre usted en una cuadrilla. A quien tengo sentado en la boca del estómago, es a Heeseman.

-¿Heeseman?... ¿Quién es?

-¿Cerraré usted el pico sobre lo que le voy a confiar, en caso de que no nos arreglemos? - preguntó con gravedad Hays.

-Puede usted contar con mi discreción.

-Bueno, pues, Heeseman es el principal cuatrero del Cañón del Dragón. Los rancheros no lo saben, pero yo sí. Cuenta con una banda reducida, pero muy peligrosa. No- sé cómo ha

llegado a sus oídos el proyecto del inglés, y el diablo me lleve si a estas horas no está camino de las montañas de Henry, para ofrecerse con su gente.

-Probablemente habrá visto las mismas ventajas que usted - observó con calma Jim.

-Bueno, a eso iba - asintió Hays -. Yo he sido el primero y me corresponde ser el jefe. Pero tarde o temprano se formarán dos bandos, y cuanto antes lleguemos a las manos, mejor.

-Comprendo: se luchará por el botín.

-Wall..., yo no soy cuatrero - replicó Hank, resentido.

-Dispense, y si no lo toma a mal, ¿quiere usted decirme con exactitud lo que es?

-¿Ha oído usted hablar de Henry Plummer? -Que yo me acuerde, nunca.

-Plummer floreció hace unos quince años o más, primero en Montana y después en Idaho. Era el ladrón más famoso que ha existido en el Oeste. Había nacido en el Este, y era hombre educado y de buena familia. Pero la fiebre del oro se apoderó de él, y no era hombre para acabar en las minas. Operaba en todas partes; al mismo tiempo era representante de la Ley y jefe de la más importante banda de ladrones que se ha conocido en la frontera, y que durante varios años fue el terror de mineros, campesinos y diligencias... Bueno, pues yo vi ahorcar a Plummer. Era yo uno de los más jóvenes de su banda.

-Gracias por la confidencia - dijo Jim, sorprendido -. Mucha confianza debo inspirar a usted para que me la haya hecho.

-Seguramente... Además, no podía tolerar que me calificaran de cuatrero.

-Ya comprendo..., es demasiado bajo... Pero, veamos: ¿Qué planes tiene usted respecto a Herrick?

-No se reducirán seguramente a robar un par de becerros. Mas no se trata ahora de eso. Lo que importa es saber si quiere usted formar parte de mi cuadrilla.

-Eso depende...

-¿Tiene usted escrúpulos? Recuerde que yo he jugado limpio.

-No tengo derecho a tenerlos... Soy un escapado de presidio.

-¿Cuál fue su delito?

-Matar a un hombre..., y querían ahorcarme.

-¡Canastos...! ¿Era justo el castigo?

-A mi entender, no..., y tuve que herir al carcelero para fugarme.

-¿Cuándo sucedió todo eso?

-Hace unos cuantos años.

-Y, ¿desde entonces...?

-Ando errante buscándome la vida como puedo... Me es imposible estar mucho tiempo en el mismo sitio..., y así me he internado en el Oeste, donde nadie me conoce.

-Muy agradecido - dijo Hays -. Me encuentro más a gusto desde que me ha devuelto usted la confidencia... Apostaría cualquier cosa a que no ha robado usted nunca. ¿Me equivoco?

-Todavía no..., pero, a veces, poco le ha faltado - contestó con amargura Jim.

-Bueno; eso significa que es usted hombre al agua, y un día u otro ha de saltar la línea divisoria.

-Una pregunta más... ¿Qué familia tiene ese inglés? -Por ahora, ninguna. Algo he oído de una hermana que piensa venir, pero aún no se sabe cuándo.

-Hermana? Su presencia sería endiabladamente importuna.

-Claro está... Estas comarcas no son para mujeres.

Le pareció a Jim que esta conformidad de pareceres reforzaba el naciente vínculo que le unía al ladrón, que espontáneamente confesaba serlo, y empezó a sentir creciente interés por la situación en que su destino le había colocado. El afán de aventuras había sido importante factor en el suceso que dio fin a su vida errante.

El trato fue cerrado con un riguroso apretón de manos, en el que ambos pusieron cierta solemnidad, como si este acto tuviera fuerza moral aun entre ladrones. Hays pidió más bebida, y poco después el local fue gradualmente llenándose de hombres con gruesas botas y

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

